

“Caballito blanco,/ blanco, reblanco,/ llévame de aquí”

## CENTAUROS DE LA ESTEPA\*

XAVERIO BALLESTER – UNIVERSIDAD DE VALENCIA

### Hípicas épicas

«**21** pueblo belicoso, superior militarmente a otros gracias a la domesticación del caballo» (Adiego 2002: 8), así hasta la saciedad y desde el siglo XIX hasta la actualidad ha venido caracterizándose desde la Lingüística tradicional al pueblo indoeuropeo, aquel que —siempre según la misma perspectiva— habría sido capaz de difundir, hace unos 6.000 años, por todo un continente y medio la lengua *madre* de la que procedería la mayoría de lenguas de Europa y buena parte de Asia, desde el bengalí al irlandés, pasando por el albanés, alemán, armenio, eslovaco, esloveno, español, curdo, galés, griego, hindi, hitita, holandés, inglés, islandés, italiano, latín, lituano, osetio, noruego, pasto, persa, polaco, portugués, provenzal, rumano, ruso, sánscrito, sueco, tallico...

En la mentalidad decimonónica la explicación más a mano de aquella tan magna y sorprendente extensión de lenguas era, en [d]efecto, la de una expansión en forma de invasión guerrera, una especie de *Blitzkrieg* o guerra-relámpago (“aquí te pillo, aquí te mato... el idioma”) por la cual en poco tiempo una *élite* militar habría conquistado todo aquel vasto territorio imponiendo —entre otras pero sobre todas las cosas— su lengua sin mayores reparo ni dificultad. En este pensar no es difícil intuir que simplemente se procedía a proyectar, en ampliadísimo formato, a una edad más antigua un modelo de expansión —más territorial que lingüístico— que se daría en épocas posteriores, pues invasiones de similares características no han faltado en la belicosa historia de nuestra Europa más reciente: la de los hunos, la de los vándalos, la de los mongoles, la de los visigodos, la de los turistas...

Pero, fuera de las enormes cualidades intelectuales que en el siglo XIX se presuponían para aquella raza superior ¿de qué especial arma gozarían aquellos *supermanes* para completar su conquista? Naturalmente, en aquella [a]venturosa *proeza* el caballo estaba destinado a desempeñar el papel protagónico, no faltando analogías históricas bien documentadas cuales el magistral empleo de la caballería militar por los mongoles o la victoria de Hernán CORTÉS con tan sólo un puñado de bragados jinetes sobre millares de aztecas pasmados ante tan mortíferas y melenudas bestias (los crinosos caballos, no los barbados españoles) que no habían sido vistos en México desde hacía 10.000 años (Harris 1998: 292). Ciertamente para épocas históricas no cabe

---

\* Conferencia pronunciada el 3 de marzo del MMIV en el Salón de Grados de la Facultad de Geografía e Historia de la Universidad de Valencia en las XIX *Jornadas de Estudios Clásicos* organizadas por la Delegación en Valencia de la Sociedad Española de Estudios Clásicos bajo el lema *La Naturaleza de los Mitos y los Mitos de la Naturaleza en el Mundo Antiguo*. Conste nuestra gratitud al doctorando D. Esteban Bérchez Castaño por su colaboración en la confección del material que ilustró la conferencia.

dudar de que el empleo del caballo podría dar razón, al menos en parte, del por qué de tamaña empresa en tan poco tiempo, pues hasta épocas muy recientes y al margen de la ancestralísima navegación, las caballerías han constituido con diferencia el medio más rápido de locomoción para el hombre, dándose al respecto testimonios desoladoramente admirables; baste aquí citar el que no inusualmente los caballos de los calmuco puedan realizar marchas diarias de 150 quilómetros, desde el orto hasta el ocaso y además por terrenos difíciles y complicados (Forde 1995: 374) cuando las legiones romanas difícilmente superaban los 25 quilómetros diarios.

El caso es que en la explicación del enigma de eso que el insigne arqueólogo inglés Sir Colin RENFREW (1987) ha denominado el *rompecabezas* o *puzle* (del inglés *puzzle*) indoeuropeo, a saber, la extensión de lenguas afines en tan vasto territorio y en una época tan antigua, a los caballos indoeuropeos se les ha asignado tradicionalmente papeles más importantes que a las cabalgaduras de John WAYNE en las películas de John FORD. Tanto que con razón el enorme glotólogo italiano Mario ALINEI (1996: 300) ha podido tildar de *hipocéntrica* la susodicha explicación tradicional. Problema adicional y derivado de ese *hipocentrismo* ha sido el que, como ha señalado HÄUSLER (1998: 12), por una asociación elemental, numerosos autores hayan por norma identificado la sede original de la domesticación del caballo con la *patria* original de los indoeuropeos, es decir, de aquellos antiguos jinetes que, conquistando continente y medio, habrían extendido su lengua por media Eurasia para que con el tiempo esta diera lugar a tantas y tan lejanas lenguas históricas (albanés, alemán, armenio, bengalí, eslovaco, esloveno, español...) tal como, aunque en épica más modesta y época más moderna, los romanos habrían conquistado medio continente extendiendo su latín por Mediterráneo y medio para que, también según la revisable versión tradicional, con el tiempo este *degenerara* casi directamente en las históricas lenguas del francés, español, italiano, portugués... El hecho es que en el seno de la perspectiva tradicional la pareja indoeuropeos ≈ caballos se ha convertido en una especie de tautología, así, cuando MALLORY (1997: 76) enumera los atributos de las culturas indoeuropeas, cita en primer lugar la «domesticación del caballo», califica a este de «marca esencial de la civilización proto-indoeuropea» (1997: 187), asume que la civilización proto-indoeuropea era «una sociedad donde el caballo desempeñaba un papel capital» y recuerda que «Algunos eruditos continúan pensando que el animal principal en toda práctica ritual o sacrífera entre los indoeuropeos era el caballo» (1997: 153).

Asimismo, consecuentemente y por lógico procedimiento inverso, los pueblos anindoeuropeos suelen tradicionalmente quedar retratados como razas contumazmente peatonales, amantes de todos los animales excepto del susoredicho, al punto de que se profieren afirmaciones cuales «Los indoeuropeos están en posesión del caballo, el cual como animal doméstico es desconocido para los agricultores neolíticos de la Europa central» (Wahle 1952: 58) o los «pueblos preindoeuropeos [...] conocían toda clase de animales domésticos, salvo el caballo» (Rodríguez 1978: 115); lo dicho: CORTÉS y los aztecas. En fin, en las versiones más ultratradicionalistas el caballo no sólo habría sido el emblema de los indoeuropeos sino que incluso lo seguirá siendo con sus igualmente *ilustrosos* descendientes: «Desde los griegos, los hititas y los indios hasta los conquistadores españoles de América, los indoeuropeos han introducido siempre el caballo en un mundo que no lo conocía y que se atemorizaba ante su

presencia» señala el *estructuralista* RODRÍGUEZ (1978: 119). Y que se atemorizaba ante su presencia. Lo dicho: el conquistador CORTÉS y los *caganchos* aztecas.

### Empujen, suban, empujen, bajen

Una tautología, pues, aquella de indoeuropeos ≈ caballos tan arraigada que ha propiciado la aparición de trabajos monográficos, como el volumen editado por HÄNSEL y ZIMMER (1994), para poder *debatir* la realidad del asunto, en realidad para *rebatir* fácilmente sólo una hipótesis explicativa que humorísticamente podríamos denominar la teoría del *tiovivo*, porque además, en las versiones más ortodoxas, tales desfiles ecuestres se habrían producido, como en el intermitente aparecer de aquellos coloreados caballitos de feria, en diversos *sube y bajas*, en sucesivas fases u *oleadas*. Según esa misma más fundamentalista visión aquellas invasiones habrían procedido desde las estepas euroasiáticas, más o menos desde la actual Ucrania y —decíamos— a intermitentes empujadas. En su libro (1987) de intitulación (*Des steppes aux océans...* o sea “Desde las estepas a los océanos...”) e ilustración de portada (nervudos purasangres al galope) bien significativas el conocido lingüista francés André MARTINET establecía hasta tres *poussées* principales del primitivo pueblo indoeuropeo al que denomina *gens des steppes*: en la primera, hacia los estertores del V milenio antes de la encarnación del Verbo, estas ‘gentes de las estepas’ habrían alcanzado los espacios danubianos a base de «incursiones de caballeros que imponen su dominio sobre ciertos puntos del territorio» siempre según MARTINET (1987: 54), pero sería sólo con el segundo empujón, con un segundo *Drang nach Westen* con el que se habría logrado «la ocupación de una gran parte de Europa por poblaciones de lengua indoeuropea» (1987: 54), y finalmente ya «al comienzo del III milenio, una tercera oleada de invasores de[sde] las estepas [...] recubrirá de nuevo la Europa central» (1987: 55). Por lo leído, eran unos *fieras* estos tales y así descritos indoeuropeos. En fin, además de a un *tiovivo* estas supuestas invasiones indoeuropeas debían de parecerse, por tanto, también a aquel tranvía alemán (el *subanestrujenempujenbajen*) de nuestros chistes infantiles ¡Todos a cambiar la lengua a empujones! ¡Señor, sí, señor!

Sin embargo, a toda esta patentemente simple y latentemente simplona explicación para el *enigma* indoeuropeo se oponen al menos las siguientes seis importantes objeciones:

- Quédase sin *indoeuropeizar* buena parte de Europa y prácticamente toda la zona asiática.
- Las expansiones lingüísticas difícilmente se imponen sólo *manu militari* y *magnis itineribus*, es decir, por el mero uso de la violencia militar y a marchas forzadas ¡ar! pues la substitución de una lengua por otra no es un acontecer ni tan sencillo ni tan común.
- El indoeuropeísmo —diremos pleonásticamente— lingüístico de aquellos jinetes de las estepas resulta más que dudoso.
- No existe documentación empírica de ningún tipo que avale la existencia de aquellas grandes invasiones.
- Un modelo de expansión territorial y lingüístico de una determinada época histórica no es sin más extrapolable a otra época diferente.

- En cualquier época anterior al menos a la Edad de Hierro, es decir, al primer milenio antes de Cristo, difícilísimamente el caballo pudo constituir, de facto, un arma tan poderosa y letal.

Repasemos ahora brevemente y —si en buena fe se nos permite la maliciosa expresión— *a mata caballo* las diversas objeciones antes de centrarnos con algo más de detalle en el examen del último de los obstáculos para esta carrerita de caballos.

### **A cabalgar hasta enterrarlos en el mar**

En toda la teoría tradicional, en verdad, o en sucedáneos similares permanecen sin explicación numerosos aspectos como notoriamente la clamorosa circunstancia de que, según esto, quedaría sin *indoeuropeizar* —al menos directamente— buena parte de Europa y toda la zona asiática, incluida la Anatolia, de tan antiguo y primario indoeuropeísmo. Según casi todos. Pero además es que el mismo concepto de indoeuropeización —y máxime si aplicado con tal supremacista frenesí— podría necesitar de un buen *prelavado*. La indoeuropeización de algunos se parece, en efecto, demasiado a la Cristianización de muchos, pues es como la evangelización de aquellos heroicos monjes medievales que, aceptando resignados el martirio, provocaban masivas conversiones entre salvajes hordas paganas.

El problema es que usualmente resulta mucho más difícil mudar de lengua que convertirse a una nueva fe. Aunque en 1492 y en uno de los mayores dramas de la historia de Sefarad millares de judíos españoles pasaron a abrazar la católica fe romana, muchos otros, expulsados aquel mismo año y viviendo lejos de España, siguieron hablando hasta *ayer* el ladino o español de nuestros—sus ancestros. Lo cierto es que no está documentado que lengua alguna haya jamás substituido a otra a base sólo de fuego y férrea —o bronceína— espada y máxime en territorios tan vastos. En la mayoría de los casos bien documentados de substitución lingüística el agente es la necesidad, la adaptación, la comodidad. Más que imponerse por invasiones, las lenguas se superponen mediante una buena colonización, por capaz administración, con planes de estudio o incluso trámite buenas dosis de papeleo y burocracia. Los mongoles invadieron media Eurasia, pero fuera de sus territorios de origen apenas quedan unos pocos [mongoles y] hablantes de mongol en Afganistán ¡Tan parva herencia lingüística dejó la quizá mayor invasión guerrera —y esta sí auténticamente equina— de todos los tiempos! A más, las expansiones lingüísticas difícilmente impónense sólo *manu militari*, es decir, por el mero uso de la fuerza, pues que la substitución de una lengua por otra no es un proceso ni tan lineal ni tan sencillo. Antes que nada recordemos que en realidad lo que eventualmente se extinguen son los hablantes, no las lenguas, pues las lenguas no existen sin los hablantes. Ahora bien, la completa extinción de todos los hablantes de una lengua es en realidad un hecho absolutamente excepcional y del que tal cual, *nisi fallimur*, no hay por el momento evidencia histórica, si bien en condiciones muy específicas sería teóricamente posible, tal como muy excepcionalmente algunos ríos no desembocan en mares o lagos, sino que literalmente se los *traga* la tierra. Los hablantes de prusiano no se extinguieron de golpe como los dinosaurios sino que se pasaron al alemán, lituano, polaco o [bielor]ruso. Aquí lo documentado hasta la saciedad es el transvase —aunque casi

nunca radical y total— desde una lengua a otra, de modo que los hablantes suelen incorporar muchos elementos de su propia lengua a la nueva. Y todo ello siempre en el caso de que se asuma el unilingüismo —inicial y terminal— de los hablantes, circunstancia empero para la que no hay el más mínimo condicionante biológico. De hecho el plurilingüismo se da en numerosas partes del planeta y —contra lo generalmente asumido— especial y precisamente más en las sociedades de bajo desarrollo tecnológico, entre las cuales son contingencias menos frecuentes las [o]presiones de una cultura hegemónica o de la lengua escrita. El que de verdad sabe numerosos idiomas, el verdadero poliglota es habitualmente el nativo de Camerún o Senegal —en África un 50% de la población es plurilingüe (Wolff 2000: 317)— y no el bostoniano que puede entenderse en inglés con medio planeta nuestro y hasta en la luna. Muy común también es el colingüismo o aquella comunicación en la que los hablantes mantienen cada uno su lengua, y casi no menos frecuente es asimismo el cambio de código, por el que en un mismo discurso se alternan una o más lenguas. Arrasar en su totalidad una lengua es, por tanto, una empresa extrema y difícil, porque sería menester extirpar asépticamente a todos sus hablantes todas sus lenguas y además antes de que estas contaminen la lengua *invasora*. Claro que si las pezuñas de los caballos indoeuropeos eran la versión lingüicida —y no herbicida— de los caballos urálicos de ÁTILA...

Más graves aún son los problemas que subsisten relativos a la aceptación de los elementos constituyentes de la misma y capital premisa. Para comenzar, habría que creer sin más, casi como en un artículo de fe y a la manera atribuida —pues nunca aparece en sus escritos— a TERTULIANO: *credo quia absurdum*, en la indoeuropeidez lingüística de los jinetes de aquellos caballos esteparios dispuestos a indoeuropeizar lo que hiciere falta. Pero esa *limpieza de lengua* es más que dudosa en el caso de estos jinetes de las estepas. ALINEI (2000b: 36), por ejemplo y no sin buenos argumentos, sostiene que aquellos serían en realidad no *purasangres* indoeuropeos sino poblaciones de hablas túrcicas, con lo que mu' malamente podrían haber extendido una lengua que no hablaban.

Pero aun concedido provisional crédito al indoeuropeísmo de aquellos ecuestres invasores, permanece en pie como problema insalvable de esta o afines tesis la contundente constatación de que simplemente no existe documentación arqueológica —o empírica de ningún otro tipo— de aquellas tres grandes invasiones, ni siquiera de dos y ni tan siquiera de una, de suerte que aquellas sucesivas y casi simétricas *oleadas* quedarían, todo lo más, en simples y muy dispares *salpicaduras*. Quizá —conjeturemos— debió de tratarse de una superinvasión sí... pero invisible e intangible, porque realizada por una raza especialísima y exclusiva de los indoeuropeos, la raza de caballos voladores... ¡pégaso!

La expansión territorial y lingüística de una determinada época histórica, además, no es sin más extrapolable a otra época diferente, y aquí baste decir que las diferencias culturales hacia el IV milenio a.C. no eran comparables ni a las grandes distancias entre ejecutivos neoyorquinos y tribus amazónicas de hoy en día, ni siquiera a las distancias entre los colonizadores europeos del Renacimiento y los nativos de Ultramar y ni tan siquiera a las entre los romanos y los bárbaros, una vez que en

épocas antiguas no se daban los abismos tecnológicos que ya en el mundo moderno detéctanse entre los dos modelos antropológicos básicos de caza y recolección, de una parte, y de ganadería y agricultura de otras partes.

### **Una idea descaballada**

Expuestas estas objeciones preliminares, concentrémonos ahora en las manifestaciones más concretas de esta teoría, es decir, en su hípica epifanía, pues, en verdad, toda la teoría oficial está literalmente *montada* sobre el caballo... aparte de bien sujeta a las riendas de una ideología supremacista (Alinei 1996: 395s). Para comenzar, el dogma tradicional supone e impone para Eurasia la existencia de una sede única o principal donde el caballo fuera domesticado y después militarmente utilizado, circunstancia que habría concedido a esta zona una casi automática supremacía sobre los territorios *descaballados*. Una idea verdaderamente descabellada, ya que, bien al contrario, la evidencia arqueológica muestra que son varias las sedes euroasiáticas donde el caballo se había convertido ya, antes de invasión alguna, en una especie domesticada y «no existe ningún apoyo concluyente para la tesis de que en el este, en la Ucrania meridional, estuviera situado el más antiguo centro de domesticación del caballo para Europa [...] En toda apariencia el caballo habría sido domesticado en diferentes partes de la Europa oriental, central y occidental de modo independiente» (Häusler 1998: 12).

Por otra parte, hay un problema también, digamos, de desajuste *horario*, y eso que a muchos de los tradicionalistas, que no esconden su adhesión inquebrantable al estructuralismo, les sigue atrayendo enormemente aquello de la *sincronía* lingüística... Pues, en efecto, a aquellos supuestos *desfiles* ecuestres habría que rebañarles al menos unos 3.000 años, ya que el caballo sólo comenzó a utilizarse como arma militar con los comienzos del I milenio a.C., de modo que antes de esa fecha «la montura es excepcional y nunca acaece en los combates» (Zimmer 1990: 317), pues el «montar a caballo para objetivos militares llegó a Europa sólo tras la introducción del caballo y el carro, no mucho antes del 1000 a.C.» (Renfrew 1998: 187). Un dato este que no se puede calificar de novedoso, una vez que era ya conocido desde la publicación original, en 1934, de la venerable obra de Daryll FORDE (1995: 473), quien recordaba que en el antiguo Oriente y durante mucho tiempo fuera más apreciado el caballo como fuerza de tracción para carros que como montura, de manera que la equitación y consecuentemente la caballería bélica no tuvieron apenas importancia hasta bastante tarde, en época asiria, siendo introducido tal uso en Europa sólo en la Edad del Bronce, poco antes del 1.000; el mismo autor lamentaba además que no se prestara «la debida atención al hecho de que esta utilización restringida del caballo [...] prosiguió durante un larguísimo período en la Europa occidental».

En Europa, por tanto, el conocimiento del caballo como medio de transporte fue tardío y su explotación, lenta y paulatina. En muchas zonas de Europa se adoptó como animal de tiro hacia el 2000 a.C. y sólo más tarde para montar, lo que comportó un también paulatino desarrollo tecnológico vinculado al animal: «Los antiguos arneses de la brida hechos de hueso y asta de la primera mitad del segundo milenio se fueron progresivamente complementando con piezas metálicas, entre ellas los propios

bocados y [...] las quijeras sujetas al bocado y al resto de la brida. Se aprecia un aumento del uso del caballo en las ceremonias y acaso también en la guerra, pero el cambio más espectacular tuvo lugar con posterioridad al 800 a.C.» (Harding 1998: 333). Además, en tiempos calcolíticos, hacia el 4.000 a.C., los caballos de las estepas circumpónicas eran aún de talla muy chicuela, de metro y treinta y pocos centímetros de alzada, debían de parecerse más bien al poni de *Pin* y *Pon*, por lo que probablemente en esa época ni siquiera eran apropiados para el tiro ni capaces de arrastrar los pesados carretones de la época (Mallory 1997: 223).

Todavía en la *Iliada* el caballo es usado sólo como transporte militar, como una especie de taxi que los héroes homéricos utilizan para acudir cómodamente al lugar de la cita para el combate singular. A su célebre contienda contra PÁTROCLO (*Il.* 16, 726–64) acude HÉCTOR en un carro guiado por CEBRIONES, el desdichado auriga, que caerá por una pedrada en la frente por parte del primero. El ceremonial guerrero incluye el que ambos héroes se apeen de sus respectivos carros antes de iniciar el combate. En un anacronismo comparable al de conceder el empleo de helicópteros u ordenadores a los romanos, es decir, aun haciendo envejecer más de 2000 años la aparición de los primitivos arneses de asta y hueso, es muy dudoso que con tan frágil *carrocería* los supuestos caballos indoeuropeos hubiesen podido constituir un arma tan terrible y letal...

No sorpréndanos un tan postrero descubrimiento del caballo como arma militar. La Historia recuerda muchos casos de invenciones cuyas otras utilidades sólo fueron descubiertas mucho después o cuyo mayor buen provecho sólo fue explotado siglos más tarde. El conocido como *disco de Festo* es una bella y enigmática inscripción helénica encontrada en 1908 en un palacio minoico, en Creta, y datada en una fecha tempranísima, nada menos que hacia el s. XVII a.C. El texto consta de 241 signos distribuidos en espiral pero lo verdaderamente significativo es que estos fueron realizados mediante la aplicación de 24 matrices diferentes y sin duda previamente preparadas (Gaur 1990: 168s), en una palabra: los signos están... impresos. Por lo tanto, más de 2000 años antes del nacimiento de Juan GUTTEMBERG, la imprenta había sido potencialmente inventada y utilizada al menos en algún lugar de Creta. Más remotamente también los chinos inventaron la pólvora siglos antes de que los europeos *descubrieran* que, además de para castillos de fuegos artificiales, servía también reventarse las tripas los unos a los otros. En fin, la invasión indoeuropea, la madre de todas las invasiones, muy poco, pues, pudo deber a *séptimos* de caballería y «basta» en resumidas cuentas «recordar que no han sido encontrados restos arqueológicos de invasiones violentas, que [...] el pastoreo nómada a caballo, en lo que respecta al mundo indoeuropeo no tiene ningún apoyo etnoantropológico o arqueológico seguro» como dice COSTA (2001: 219) y «que el fenómeno de las aristocracias nómadas y ecuestres [...] está limitado al I milenio a.C.». En una frase: en la Antigüedad el único relevante papel bélico que desempeñó el caballo fue el del caballo de Troya, el cual, como medio mundo sabe, era de madera.

## Tener potra

Por otra parte, contra la omnímota y céntrica presencia del pollino en el mundo indoeuropeo habría también un estruendoso *argumentum e silentio*. En efecto, en aquellas culturas verdaderamente hipocéntricas, culturas —altaicas en su mayoría— donde el caballo asume un protagonismo como el supuesto por los tradicionalistas para la *cosa* indoeuropea, se presentan numerosos atributos hipofílicos que faltan notoriamente en el mundo indoeuropeo. Los cazacos *uerbi gratia*, pueblo de hablantes túrcicos, tienen a gala el dispensar máximo aprecio a la carne de caballo resultando que para ellos «La grasa de la panza es una gran golosina y es salada e introducida en trozos de intestino y ahumada para ser almacenada. Se hacen correas y sedales muy resistentes con cuero de caballo y la crin es trenzada para hacer recias cuerdas» (Forde 1995: 363) y «Sólo los ricos pueden disfrutar el bocado más exquisito de todos —la grasa abdominal de una yegua joven» (Murdock 1981: 122). Además los cazajos ordeñan las yeguas, cuya montura nunca usan, y tienen su leche, agriada y convertida en una bebida ligeramente etílica (o *cumis*), por un auténtico néctar (Forde 1995: 362s). Los mismos cazajos celebran además carreras y otras competiciones ecuestres ceremoniales. Sobre la hipofilia de los cazacos más expresivamente MURDOCK (1981: 118) «El caballo indígena [...] ocupa el primer lugar entre los animales domésticos, usurpando el papel usual del perro como amigo y compañero [...] Tan íntimos son el corcel y el jinete que alabar o criticar al primero equivale a adular o insultar al segundo. El caballo representa el ideal de belleza; se requiebra a la novia comparándola a una potranca» y aún «Antiguamente se enterraba a menudo con el fallecido su caballo favorito. Sin embargo, hoy los parientes se limitan a cortarles la crin y la cola y ensillarlos al revés, aunque a veces colocan también el cráneo de un caballo al lado de la tumba» (Murdock 1981: 134). También algunas veces, entre los indios cuervos, los deudos sacrificaban el caballo favorito del difunto y lo enterraban cerca de su cuerpo (Murdock 1981: 225). Asimismo entre los beduinos la propiedad de un caballo, a pesar de su costosísimo mantenimiento, era considerado «algo esencial para cualquiera que se respete» (Forde 1995: 341). Nada de esto puede encontrarse en lo que podría reconstruirse de común para los indoeuropeos, pueblo, sin embargo, de retrato no menos furibundamente ecuestre para el dogma tradicional que cuervos, beduinos o cazajos. Y, *mutatis mutandis*, algo parecido sucedería *item* con la tradición lingüística.

Los pueblos que verdaderamente han hecho del caballo parte importantísima de su cultura, verdaderamente han hecho también del caballo importantísima parte de su lengua. Es sabido que el pastoreo nómada a caballo ha constituido para los mongoles, como para muchos otros pueblos de las entrañas asiáticas, su *modus uiuendi*. Lógica consecuencia ecoglotica de esta circunstancia es el hecho de que en las hablas de los mongoles lo equino constituya típico tópico para muchos dichos, decires y dicterios. Así, con ejemplos de PEYRÓ (2000: 222s), para desear buena suerte los mongoles dicen: “aumenten tus caballos y tu rebaño” o “así seas tan rico que no conozcas a todos tus sementales”; para indicar que se es mayor de edad se dice “ya le llegan los pies a los estribos”; todavía ‘sacar el [pie del] estribo’ es ‘llegar a su destino’, en vez de ‘pedal’ se dice —[eco]lógicamente— ‘estribo’ y para ‘conducir’ o ‘pilotar’ se recurre a ‘llevar las riendas’, de modo que, por ejemplo, un piloto de avión será ‘el que lleva las riendas de un pesebre volador’; asimismo los verbos formados sobre el

genérico término *mori* ‘caballo’, *mor-d* o *mori-l* ‘montar a caballo’ significan también ‘partir [de viaje]’, aunque se vaya en barquichuela o en trolebús; *buu* es ‘desmontar’ y también ‘acampar – aterrizar’, así que cuando un mongol dice *buu*, *buu!* no está intentando asustar o hacerse el fantasma sino invitar a fulano a su yurta o casa, donde si uno quiere cortésmente pedir ir al excusado o retrete, en vez de decir que va a ‘saludar al Señor Roca’, deberá decir que va a ‘mirar a los caballos’; parecidamente la expresión ‘la hora del caballo’ significa ‘el mediodía’, mientras que ‘caballo’ empleado adjetivamente significa ‘grande’ —como nuestra coloquial expresión ‘de caballo’ referida a enfermedades— y además también ‘afortunado’, de suerte que ‘con caballo’ (*morit[oj]*) significa con suerte mientras que ‘sin caballo’ quiere decir ‘por desgracia’; en fin, ‘por favor’ es, por supuesto, ‘cabalgando’ (*morildʒ*). Otra vez nada parecido a esta exuberancia léxico-semántica encontramos en las lenguas de los supuestamente hiperhípicos indoeuropeos.

Por cierto, el término mongólico para ‘caballo’ *mori[η]* presenta algún parecido, amén de con el chino *ma* ‘caballo’ en su pertinente tono, con alguna voz germánica, cuales alemán *Mähre* ‘rocin’, inglés *mare* ‘yegua’ o islandés *marr* ‘caballo’, o incluso céltica, así bretón *marc’h* o irlandés *marc* (cf. también antiguo alto alemán *marah*), lo que sólo muy hipotéticamente podría representar un relicto del contacto de lo centroasiático con lo europeo en lo concerniente a la cría caballar.

Y por cierto también que en más de una cultura lo equino, en efecto, se asocia con la fortuna. “Cercano está el día de tu muerte” le vaticina en la *Iliada* (19, 404–17) el córcel JANTO al héroe AQUILES “pues también tú estás destinado a perecer”. HOPF (1888: 68–75) hacía notar la gran importancia que en cuestiones de oráculos, destinos y profecías tuvo —y retuvo— el caballo en el mundo indoeuropeo, sobre todo en ámbito germánico. Según TÁCITO (*Germ.* 10) los germanos observaban los relinchos y resoplidos de los caballos, a los que consideraban secretarios de los dioses (*ministrōs deōrum*), no dando «mayor crédito a auspicio alguno». HOPF (1888: 69) recordaba también que aún en holandés ‘relinchar’ (*wichelen*) tenía también el valor de ‘vaticinar’. HOMERO, TÁCITO... añadamos un tercer nombre genial, el romano GELIO refiere en su nocturno *opus* III, movimiento IX, el origen de la expresión latina ‘tener el caballo seyano’ (*caballum Seiānum habēre*). Gneo SEYO era un escribano que, en los tiempos de Marco ANTONIO, había adquirido un magnífico potranco; ahora bien, el brioso córcel «era, cuentan, de tal hado o fortuna que todo el que lo hubo tenido o poseído, parecía en la ruina con toda su hacienda, familia y demás bienes». No extrañará que la expresión castellana *tener potra* sea usualmente naturalizada y entendida como referida a una joven yegua, aunque directamente nada tenga ver con la ganadería equina sino con una hernia en el escroto; *directamente* decimos, pues en teoría no cabe excluir que la expresión remontara, en última instancia, al nombre de la joven equina trámite la consuetudina transferencia de zoónimos a voces para padecimientos o enfermedades, una práctica que está incluso en la base de términos del uso más científico, pues, por citar un par de ejemplos, la forma *alopecia* procede del nombre helénico de la zorra o *alōpēx* (ἀλώπηξ) e *ictericia*, del de la oropéndola o *ikteros* (ἰκτερος).

## Plumas de caball[er]o o un nombre llamado *caballo*

Como otro indirecto *argumento e silentio* contra el supuesto característico indoeuropeísmo del caballo y para *desmontar* las propuestas de dataciones tan recientes podría esgrimirse también el mismo razonamiento crítico que se aplica a otros campos semánticos, como precisamente el del campo y la ganadería en general. En efecto, si la *res* indoeuropea fuera de época neolítica o aún posterior, es decir, si *el* indoeuropeo fuera una lengua y unitaria y todavía en esta época, esperaríamos un léxico común en las históricas lenguas indoeuropeas para casi todo lo concerniente a agricultura y ganadería, las señeras señas de identidad del Neolítico. Por el contrario, es patente que muchos básicos términos agropecuarios son resultado de los particulares desarrollos de los grupos lingüísticos indoeuropeos ya individualizados, mientras que las relativamente pocas y genéricas voces realmente comunes son bien explicables o como copias de otras lenguas o como formas verdaderamente antiguas y comunes pero que, con el devenir de los tiempos, han cambiado de significado, tal como, por citar un inocuo ejemplo, seguimos denominando *pluma [estilográfica]* a algo que hace ya muchos, muchos años no procede del *jersey* de las aves.

Pero más maliciosamente oportuna sería acaso la analogía con el término *caballero* aún empleado regularmente es español como forma de respeto pese a la general motorización de tantos hispanoblantes. En la sociedad actual donde la *motura* ha substituido a la tradicional montura ecuestre, nunca hemos visto a nadie retraerse en una emergencia ante un servicio exclusivo de *caballeros*, por mucho que no dispusiera de caballo. Algo parecido podría postularse respecto al campo léxico de lo equino, pues, en efecto, de tratarse de un asunto tan céntrico para los indoeuropeos, esperaríamos un mucho mayor desarrollo y testimonio léxico en las lenguas indoeuropeas, y para empezar al menos una raíz también común precisamente para la 'montura' o para el 'montar'. Antes bien y por el contrario, fuera del discutido indoeuropeísmo de una genérica raíz *\*iaku-* 'caballo' (véase *infra*), lo que encontramos en todos los casos es ciertamente una gran eclosión léxico-semántica referida al caballo, pero realizada toda ella ya como desarrollos individualizados y particulares a cada grupo lingüístico.

Por otra parte, aun como común raíz indoeuropea a aquella preforma *\*iaku-* tampoco puede negársele taxativamente un posible valor originario de 'caballo salvaje' (Alinei 1996: 301), y no necesariamente y *ab ouo* de 'caballo doméstico', elemental corolario del que incluso un tradicionalista tan férreo como MALLORY (1997: 134) es consciente: «Un hecho complica empero un poco las cosas: y es que en numerosas regiones del Viejo Mundo donde se pueden localizar las primeras apariciones del caballo doméstico, había también caballos salvajes y sin que encontremos vestigios de una dualidad léxica que los diferencie» (ítem parecidamente 1997: 187). El hecho es que ya hace más 20.000 años Europa estuvo sin duda generosamente poblada por caballos salvajes, como dan hermosísima fe los *lienzos* de tantas cavernas paleolíticas, caballos de algún modo emparentados con la especie *equus Przewalskii*, un cuadrúpedo hasta hoy nunca domesticado y conservado en las estepas de Mongolia y denominado así en honor de su *descubridor*, el militar y explorador polaco Nicolás PRZEWALSKI (1839–888).

## Corre, corre, caballito

La teoría tradicional además asume, en efecto, como prueba de aquella especial vinculación entre indoeuropeos y caballos la existencia de un vocablo indoeuropeo común para caballo. La asunción es lógica, es, digamos, imperativa, ya que si se parte de la premisa de que los indoeuropeos fueron poco menos que los maestros de hípica de la más remota Antigüedad... Sin embargo, la raíz indoeuropea más extendida para caballo, la reconocible en formas cuales irlandés *ech*, latín *equus*, antiguo lituano *ašva*, sánscrito *açva*, tocario *yakwe*, presenta problemas como el de que, por ejemplo, la forma helénica *híppos* (ἵππος) no sea reducible a una evolución *regular* (Buck 1988: 167), por lo que, al menos en este caso, hay razonables sospechas de que la palabra fuera tomada por los helenos no de su ancestral arconcillo de léxico indoeuropeo sino de otra lengua, algo, en principio, poco esperable o recomendable para un indoeuropeo como Dios manda.

Aduciendo formas cuales las griega *ὄκυς* (*ōkýs*) ‘rápido’ o latina *ōcior* ‘más rápido’ como pertenecientes a la misma raíz indoeuropea que la serie representada por el griego *híppos* (ἵππος) o el latín *equus*, Eric HAMP (1990: 212) propone que el valor de ‘caballo’ para aquellos procedería de un más antiguo valor de ‘rápido’, lo que también propusiera en su día J. ROZWADOWSKI (1948: 180). En lo semántico aquí hay poco que objetar, pues la transferencia resulta verosímil y no sin algún parangón. Así la forma hispánica *córcel* es una copia —irregular otra vez— del antiguo francés *corsier*, que en última instancia remonta al latín *cursāre* ‘corre[tea]r’; fácilmente se entenderá que para un invasor atribuir al supercaballo indoeuropeo significados originales cuales los de ‘rápido’ o ‘corre[tea]dor’ debe constituir una supertentación, pero dejando ahora al margen la calidad —veloz o no— del supuesto equino indoeuropeo, el problema está en que para hacer compatibles ambas series el ultratradicionalista HAMP debe hacer uso de toda la artillería laringalera para remontar ambas las series a una última y básica raíz indoeuropea: *\*<sup>fv</sup>’k’-ú-* (*sic*). Es evidente que con este tipo de raíz-comodín uno puede relacionar casi todo lo que le antoje, y desde aquel *\*\*<sup>fv</sup>’k’-ú-* se nos ocurrirían otras muchísimas derivaciones, pero el caso es que incluso para un *superhombre* indoeuropeo, antes que pronunciar aquella preformita, probablemente le hubiese sido más fácil reproducir directamente el relincho de un caballo...

Toda aquella argumentación no es, desde luego, ni concluyente ni decisiva contra el indoeuropeísmo de esa raíz que encontramos verbigracia en la forma latina *equus*, pero digamos que al menos el retrato *ecuestre* no resulta tan rotundo ni perfecto como esperaríamos para una tautología (indoeuropeo ≈ caballo) tan esencial, y no deja de apuntar la posibilidad de que tal término haya sido simplemente una copia léxica más. Y, por supuesto, no necesariamente indoeuropea... La raíz, en última instancia, reconstruible *\*iaku-* presenta una sospechosa afinidad con la de un singular bóvido doméstico, el yaque (o *yak*), propio de las mesetas del Pamir, en Asia central, una zona, pues, muy próxima precisamente a el quizá más importante centro de domesticación de caballo. Detalle acaso significativo es el hecho de que los quirguises, habitantes de estos territorios, *cabalgan* a lomos de sus yaques, cuya monta, por cierto, ofrece una notable seguridad (Forde 1995: 372). En suma, como vemos y aún veremos, mientras que en las culturas verdaderamente hipocéntricas encontramos una extraordinaria

riqueza léxica en relación a la noción de ‘caballo’, en la mejor de las expectativas el cosmos lingüístico indoeuropeo sólo habría dispuesto de una forma común y genérica (aunque irregular) para ‘caballo’, careciendo de otras distinciones y precisiones, careciendo incluso de una forma para ‘montar [a caballo]’. En la peor de las expectativas aquella voz genérica ni siquiera sería indoeuropea y ni tan siquiera se hubiera referido originalmente al caballo.

A la posibilidad de una copia para el genérico nombre indoeuropeo del caballo apuntaría además el argumento de la reincidencia lingüística, es decir, la iteración de un fenómeno lingüístico en el tiempo y en el lugar, ya que la documentación histórica nos enseña que el nombre del caballo se ha renovado varias veces en las lenguas indoeuropeas recurriéndose a menudo a la copia lingüística. Así, en las lenguas románicas la antigua forma latina *equus* ‘caballo’ ha sido substituida de modo general por otro término cuyo significado anterior —aunque tampoco necesariamente primario— debía ser el de ‘[caballo] castrado’, de ahí nuestro *caballo*, de ahí también que lógicamente la substitución no afectara al femenino, de suerte que, por ejemplo, el español *yegua* o el rumano *iapă* ‘yegua’ sí son cabales representantes de la antigua raíz latina, pero en su variante femenina, *equa* ‘yegua’. Tómese, por cierto, este testimonio como un ejemplo de lo que en arqueoglotología llamamos *pervivencia periférica*, un fenómeno relativamente frecuente en la evolución de las lenguas y por el cual, como vemos, una antigua raíz se mantiene sólo en formas léxica o semánticamente marginales. Una vez más, lo antiguo es muchas veces lo extremo, lo centrífugo, lo suburbial. Aquí además la especialización léxica no puede extrañar, pues en las economías agropecuarias suele ser muy perentoria la distinción entre macho y hembra, especialmente con ciertos animales, cual es ciertamente el caso del caballo. Por ejemplo, en consonancia con sus también muy disímiles naturaleza y comportamiento, los cazajos tratan de manera asimismo muy disímil a garañones [y castrados] y a yeguas (Forde 1995: 362s).

### La Edad de la Herradura

En cualquier caso, las lenguas históricas indoeuropeas presentan regularmente las distinciones entre al menos ‘[genérico] caballo’, ‘semental’, ‘yegua’ y ‘potro’, pues muchas veces precisan mucho más (*jamelgo*, *percherón*, *poni*, *potranco*, *rocín*...), mientras que para el indoeuropeo, todo lo más, sólo existiría una forma común. Ya en el mismo latín la voz noble *equus* fue substituida por la popular *caballus*, en realidad referida más bien a un caballo de tiro o de carga, a un cuadrúpedo castrado. La afín forma helénica *kabállēs* (καβάλλης) es definida por el gran glosógrafo HESQUIO como ‘caballo de trabajo’. Tales voces, casi sin duda alguna, fueron copiadas por romanos y helenos a otra lengua, a una céltica y más concretamente a la gálica según muchos, ya que además muchos términos hípicos del vocabulario latino tienen origen céltico, una vez que en la Europa occidental los galos eran a la sazón los dominadores de esta tecnología, por lo que, por ejemplo, en el léxico latino encontramos un buen número de copias procedentes de las Galia Cisalpina primero y Transalpina después: *carpentum* designaba una carreta de dos ruedas, cubierta y más bien para uso femenino (cf. Livio Andronico, *poet.* 18,2), *cisium* se usaba para un *descaptable* de dos ruedas, *raeda* para una especie de *fragoneta* de cuatro ruedas con asientos, *petorritum* y *carru*— se

empleaban ambos para un carro de cuadro ruedas, pero la primera forma sonaba como más elegantona (Porfirión, *ad Hor. sat.* 1,6,104), o sea, más o menos como nuestros 'vehículo' y... 'carro'. Esta maestría en equitación y transporte ayudaría también a comprender la capacidad viajera y expansiva de los galos en la Edad de Hierro, que para ellos fue más concretamente la Edad de la *Herradura*, e incluso explicaría la quizá más célebre de las copias lingüísticas que les hicieron romanos (y los helenos): *bracae* 'calzones' (Lucilio 409, y Diodoro 5,30,1: *βράκας* para los Gálatas), utilísima vestimenta para la montura pero moda que causaba entre los togados romanos una cuchufleta parecida a la que hoy causa la falda de los también célticos escoceses en el pantalonizado —y ahora más concretamente tejanizado— mundo occidental.

Sin embargo, etimólogos tan afamados como los modernos *galos* ERNOUT y MEILLET (1979: 80 *s.u.*) creen que, en última instancia, también los antiguos *franceses*, como los romanos y los helenos, habrían copiado la palabra en cuestión de otra lengua, quizá lidia, quizá balcánica, y apuntan a un etnónimo que, asociado al caballo, se habría expandido por toda Europa, siendo así tomada directa o indirectamente por otras lenguas, cuales eslavo eclesiástico *kobila* 'yegua', griego *kábēlos* (κάβηλος) o irlandés *capall*; como *cabal* paralelo aducen aquellos la forma francesa *hongre* 'caballo castrado', tras la cual no estaría más que el gentilicio de los húngaros (*cf.* latín medieval *equus Hunnicus*).

Ciertamente la hipótesis etnonímica para *caballus* contaría en su favor con más de un apoyo por analogía. Así también entre los romanos una singular raza de caballitos trotones (*cf.* Plinio, *nat.* 8,67,166; Marcial 14,199) criada por los ástures —que no astures (Moralejo 1977)— era conocida con el nombre de *asturcón* (en latín *asturcō*). De época moderna citemos al menos los caballos *árabes*, los de la raza *bretona* o los *percherones* de la francesa ciudad de Perche. Ciñéndonos ya al animal castrado, citemos al menos el alemán *Reuss*, originalmente 'ruso' (Buck 1988: 170; Alinei 2000a: 233). Pero quizá el más interesante hipónimo de origen etnonímico sea el representado por la serie *wallach* en antiguo alto alemán, *valach* en checo, *vallak* en danés, *volokas* en lituano, *walach* en polaco o *wallack* en sueco, entre otros testimonios, formas todas ellas que indica[rí]an el caballo castrado a partir del etnónimo de los valacos (Buck 1988: 170), para quienes, por lo tanto, de alguna manera debía de considerarse característica tal práctica. El nombre de los valacos a su vez podría en última instancia relacionarse con un etnónimo céltico (*cf.* *Volcae*), pero lo curioso es que habría quedado en la Europa oriental como una lábil denominación entre germanos y eslavos para pueblos latinos, de modo que, por ejemplo, en polaco actual *włoch* es *aún* 'italiano' (Alinei 2000a: 233). En cualquier caso, la analogía tipológica apoya, desde luego, la hipótesis de un origen etnonímico para *caballo*. Ahora bien, el problema es que no hay ningún etnónimo documentado con el que pueda relacionarse sin problemas el *caballus* o afines, salvo que naturalmente uno quiera ver en la raíz *caball-* la misma que en *valak-* con caprichosa metátesis.

El protagonismo del tetrápodo en los últimos milenios se muestra también en la capacidad de desarrollo léxico-semántico que aquel ha experimentado así como en las pintorescas motivaciones de las nuevas voces. Pero la motivación de los hipónimos es, amén de pintoresca, variada. Por ejemplo, los términos alemán *Pferd* 'caballo' y

castellano *palafrén* —seguramente este desde el catalán *palafré* y este desde el antiguo franchute *palefrei* y este desde el antiguo alto alemán *parafrid*— proceden del híbrido grecolatino *parauerēdus* ‘caballo de repuesto [para la posta]’ compuesto del griego *pará* (παρά) ‘junto’ y de *uerēdus* ‘caballo de posta’, que es a su vez otro término gálico (Ernout & Meillet 1979: 723 s.u.). De modo que en la voz *palafrén* hay probablemente afluencias gálica, helénica, latina, alemana, catalana y francesa. Verdaderamente las lenguas no son genealogía, sino bosques mixtos, batiburrillo, mezcolanza, hibridismo y contaminación. Nótese marginalmente la tan típica y drástica evolución germánica que reduce a apenas una sílaba lo que originalmente eran al menos cinco (alemán *Pferd*, holandés *paard*; ítem cf. *Mogontiacum* > Mainz o Maguncia, o bien *Vindobona* > Wien o Viena).

### Todos cabalgan juntos

De otro lado, tampoco faltan para el caballo denominaciones despectivas. La voz *jamelgo* procede probablemente de *famēlicus* con —*pace* neogramáticos y estructuralistas— *irregular* resultado *expresivo* de [f] en [x], pues esperaríamos un más regular *\*\*hamelgo*, es decir, el mismo cambio que encontramos desde el latín *fut[u]lere* a lo que debería haber dado *\*\*hoder*. En griego moderno el caballo es denominado *álogo* (ἄλογο) ‘irracional’, en realidad tal denominación debió de aplicarse primero a todo tipo de animal, para metonímicamente especializarse después en referencia al caballo (Buck 1988: 168). Al semental se le da en esta misma lengua un término no menos curioso *barbâto* (βαρβάτο), que evidentemente no es otra cosa que el latín *barbātus* ‘barbado’ a partir del símil que opone el vigoroso varón (barbado) al eunuco (imberbe) como el semental al castrado. Más sencilla y directamente el término lituano *arklys* para el caballo de tiro se relaciona con *arklas* ‘arado’. Translúcida es la expresión española *purasangre* para lo que los ingleses denominan, también expresivamente, ‘cola de gallo’ (*cock-tail*) aludiendo a la cola supuestamente *gallesca* de los purasangres.

Otra clase de origen relativamente frecuente para este tipo de voces es la animal composición. Tal sería, pasando ya de la naturaleza al mito, el caso, por ejemplo, de la palabra *centauro*, del griego *kéntauros* (κένταυρος), si es correcta la original propuesta de DINI (1994: 35–8), quien relaciona la parte inicial de la forma con el eslávico *konь* ‘caballo’ y la segunda, como la mayoría de los autores, con la forma helénica *taũros* (ταῦρος) ‘toro – bisonte’, de suerte que la palabra significaría originalmente ‘caballo–toro’. Ciertamente sintagmas de este tipo resultan frecuentes en la zoonimia mundial, de modo que mediante sumandos de tal tipo en diferentes puntos del planeta se hablará, por ejemplo, de la ‘ballena–caballo’ (la morsa; alemán *Walross*, holandés *walrus*), del ‘caballo–tigre’ (la cebra), del ‘ciervo–ratón’ (pilandoque), del ‘pez–perro’ (el tiburón), o de la ‘rana–toro’. Sin embargo, al margen de ese cierto sentido pleonástico de la expresión, subsistiría, en última instancia, el problema de la etimología —discutidísima— de la común forma eslávica *konь* para ‘caballo’, y aquí no puede excluirse sin más la procedencia de la tan ubicua raíz *\*kuan-* para ‘perro’, de modo que, en última instancia *centauro* podría significar también ‘perro–toro’. Como eventual analogía recordemos que el caballo era denominado ‘perro–alce’ por los indios pies negros de Norteamérica (Forde 1995: 83). Por analogía recordaremos también que los tunguses denominan literalmente ‘vaca extranjera’ al reno (Forde 1995:

391), animal, por cierto, que emplean como monta al igual que otros pueblos siberianos de la zona (Forde 1995: 389). Recuérdese *item* que en la escritura sumeria para ‘caballo’ se empleaban los lexogramas de ‘asno’ y ‘montaña’ (Forde 1995: 473).

Y esta puede ser una buena forma de acabar: de la naturaleza al mito para volver a la naturaleza, pues en verdad resulta tan inevitable como tentador relacionar el mito de los centauros con los históricos jinetes que ciertamente en algún momento, dejando pasmados a los europeos orientales, debieron aparecer por los infinitos horizontes de las estepas. Sólo que, nos tememos, aquellos centauros de las estepas no eran precisamente, precisamente no lo que se dice *indoeuropeos*.

## Referencias

I.-X. ADIEGO, «¿Indoeuropeïtzació al Paleolític? Algunes reflexions sobre la “Teoria della continuità” de Mario Alinei», *Estudis Romànics* 24 (2002) 7–29.

M. ALINEI, *Origini delle lingue d’Europa. I La Teoria della Continuità*, Bolonia 1996.

*Origini delle lingue d’Europa. II Continuità dal Mesolitico all’età del Ferro nelle principali aree etnolinguistiche*, Bolonia 2000a.

«An Alternative Model for the Origins of European Peoples and Languages; the Continuity Theory», *Quaderni di Semantica* 21 (2000b) 21–50.

C.D. BUCK, *A Dictionary of Selected Synonyms in the Principal Indo-European Languages*, Chicago–Londres 1988 [= 1949].

G. COSTA, «Continuità e identità nella preistoria indoeuropea: verso un nuovo paradigma», *Quaderni di Semantica* 21 (2001) 216–60.

P.U. DINI, «Sl. *konь* e l’origine «settentrionale» del *κένταυρος*», *Ricerche Slavistiche* 41 (1994) 31–9.

C. D. FORDE, *Introducción a la Etnología*, trad. M<sup>a</sup>.C. Huera, Barcelona 1995<sub>2</sub> [= 1934].

A. GAUR, *Historia de la Escritura*, trad. M. Carrión, Madrid 1990.

E.P. HAMP, «The Indo-European Horse», T.L. Markey & J.A.C. Greppin press., *When Worlds Collide: The Indo-European and the Pre-Indo-Europeans*, Ann Arbor 1990, 211–26.

B. HÄNSEL & S. ZIMMER, *Die Indogermanen und das Pferd*, Budapest 1994.

A. HARDING, «Reforma en la Europa bárbara, 1300–600 a.C.», B. Cunliffe ed., *Prehistoria de Europa Oxford. Edición Ilustrada*, trad. M<sup>a</sup> J. Aubet, Barcelona 1998, 305–36.

M. HARRIS, *Introducción a la antropología general*, trad. J.O. Sánchez & alii, Madrid 1998<sub>6</sub>.

A. HÄUSLER, «Zur Ursprung der Indogermanen. Archäologische, anthropologische

und sprachwissenschaftliche Gesichtspunkte», *Ethnographisch–Archäologische Zeitschrift* 39 (1998) 1–46.

L. HOPF, *Thierorakel und Orakelthiere in alter und neuer Zeit. Eine ethnologische–zoologische Studie*, Stuttgart 1888.

J.P. MALLORY, *À la recherche des indo–européens. Langue, archéologie, mythe*, trad. J.L. Giribone, París 1997.

J.L. MORALEJO, «Ni “astur” ni “astures”, sino “ástur” y “ástures”», *Boletín del Instituto de Estudios Asturianos*, 90/1 (1977) 363–71.

G.P. MURDOCK, *Nuestros Contemporáneos Primitivos*, trad. T. Ortiz, México 1981 [= 1934].

M. PEYRÓ GARCÍA, *Introducción a la lengua mongol*, Granada 2000.

C. RENFREW, *Archaeology and Language. The Puzzle of Indo–European Origins*, Londres 1987.

«The Origins of World Linguistic Diversity: An Archaeological Perspective», N.G. Jablonski & L.C. Aiello edd., *The Origin and Diversification of Language*, San Francisco 1998, 171–92.

F. RODRÍGUEZ ADRADOS, «Nuestros orígenes indoeuropeos», *Historia* 16 32 (1978) 113–22.

J. ROZWADOWSKI, *Studia nad nazwami wód słowiańskich*, Cracovia 1948.

E. WAHLE, *Deutsche Vorzeit*, Basilea 1952.

H.E. WOLFF, «Language and Society», B. Heine & D. Nurse edd., *African Languages. An Introduction*, Cambridge 2000, 298–347.

S. ZIMMER, «The Investigation of Proto–Indo–European History: Methods, Problems, Limitations», T.L. Markey & J.A.C. Greppin press., *When Worlds Collide: The Indo–European and the Pre–Indo–Europeans*, Ann Arbor 1990, 311–44.